

LA RELACION HOMBRE/ESPACIO EN EL HORIZONTE MEGALITICO DE LA LORA, BURGOS

por

Manuel Angel Rojo Guerra*

Resumen: Con relativa frecuencia se considera la tumba megalítica como un tipo de yacimiento en torno al cual se articula toda la existencia de las poblaciones responsables de su construcción, olvidando que son un tipo específico de evidencia material de dichas poblaciones: una tumba, y como tal, deben reflejar sólo una faceta de la sociedad o del pensamiento.

Las razones que han contribuido a ello son de diversa índole: la ausencia de asentamientos de cierta entidad que puedan relacionarse con los responsables de las construcciones monumentales, pese a que se van conociendo algunos datos, no muy concluyentes todavía, tanto en Galicia como en el Centro de la Meseta Norte; los trabajos de prestigiosos investigadores que ante la falta de las evidencias antes mencionadas y de la mano de análisis tomados de la geografía, realizaron estudios territoriales considerando los monumentos megalíticos como hitos o delimitadores territoriales de distintas sociedades y, por último, la propia distribución de las tumbas que, en casos concretos (Galicia, Arran, Rousay), parecen presidir espacios perfectamente individualizados y con una entidad "per se" desde puntos de vista estratégicos y, quizás, económicos.

En cualquier caso, hay un hecho evidente y es que el megalito es la primera huella humana visible y perdurable, lo que ha originado multitud de análisis y consideraciones subrayando la importancia que se debe dar a la relación entre los monumentos y el paisaje. Pero tampoco debemos ocultar que esta misma situación geográfica puede ser reflejo de otros indicadores: miedo ancestral a la muerte lo que favorece el alejamiento de las necrópolis de los poblados y su situación en lugares señalados, diferentes organizaciones sociales (aislamiento o agrupación de tumbas), e incluso, diversidad de situaciones socioeconómicas.

Estas cuestiones previas presidirán la línea argumental del presente trabajo que tratará de descender y concretar a nivel práctico, en la Lora Burgalesa, la expresión de carácter espacial y monumental del megalitismo atendiendo a los diferentes aspectos ("oposiciones" en terminología de nuestros colegas galegos) que se contemplan en la tumba: distribución espacial, asentamiento a nivel local, monumento, espacio y arquitectura, y monumentalidad interior (ajuar).

Palabras-clave: Megalitismo. Paisaje. Arquitectura.

Hace unos años (1990) realizamos una primera aproximación a la distribución general de los megalitos en La Lora Burgalesa tratando de explicar el emplazamiento de los mismos desde una óptica meramente descriptiva en la que se

* Colegio Universitario de Soria — Universidad de Valladolid.

computaban toda una serie de variables (condiciones edafológicas, litológicas e hidrológicas del terreno, situación topográfica, dominio territorial según visibilidades...) que nos conducían al establecimiento de dos modelos que definíamos como “sepulcros en culminación de páramo” y “sepulcros en valle alto” (remitimos a este trabajo para las observaciones y descripción geográfica del paisaje de la comarca burgalesa de La Lora).

Desde entonces, no sólo contamos con nuevos datos en cuanto a número de yacimientos y su distribución, sino que existe también un bagaje teórico más importante que nos ayuda a plantear nuevas propuestas de interpretación y enfoques más profundos en relación con los datos descriptivos que poseemos. En este sentido no oculto mi atracción y admiración por los trabajos y planteamientos teóricos de nuestros colegas gallegos que, con cierta asiduidad, irrumpen en la bibliografía científica con conceptos novedosos y peculiares que obligan a considerar el megalitismo desde una óptica diferente y globalizadora (Criado Boado, 1989; Criado y Fábregas, 1989; Vaquero Lastres, 1989; Criado, Fábregas y Vaquero, 1990-91).

De este modo, conjugando los nuevos datos de La Lora con este tipo de enfoques, intentaremos escudriñar en el carácter espacial del megalitismo y en su valor simbólico en función de una serie de variantes -“oposiciones”- que se interrelacionan y que, en definitiva, configuran el monumento en su conjunto, creando una monumentalidad perseguida, muy posiblemente, por las sociedades responsables de su construcción.

Este enfoque implica la asunción de un doble riesgo: de una parte la concepción global del fenómeno megalítico huyendo de cualquier intento de clasificación o seriación de los monumentos, tanto desde el punto de vista arquitectónico como cronológico, en aras a concebir el megalitismo como un fenómeno social que trasciende los particularismos. Sin embargo, no habría que desechar la posibilidad- y de ahí el riesgo- de que tanto el carácter monumental como el simbólico de una tumba varíe o haya variado a lo largo del tiempo, y por ello, determinadas pautas que se observan podrían ser explicadas desde un punto de vista cronológico.

De otra, la propia consideración de la tumba como un todo, es decir, un yacimiento que se convierte en el centro de la actividad de un determinado grupo social y no como lo que en realidad es, un tipo específico de yacimiento que refleja, por tanto, sólo una faceta del pensamiento de la sociedad megalítica. Esta concepción de la tumba como un todo se hace a veces ineludible y en ello influyen varios factores:

1.- La ausencia de asentamientos de cierta entidad que puedan relacionarse inequívocamente con los responsables de las construcciones monumentales. Como decía Delibes (1991), hallar los hábitats será el reto de la investigación en los

próximos años, aunque, con distinto éxito se viene intentando desde hace tiempo en Galicia (Peña Santos, 1984 a y b), en el centro de la Meseta (Zapatero, 1991) y Portugal (Jorge, S. 1991).

2.- Los trabajos de prestigiosos investigadores (Renfrew, 1976; Fleming, 1973) que de la mano de análisis tomados de la geografía y aplicando técnicas de Análisis de Captación de Recursos (Higgs y Vita-Finzi, 1970) para reconstrucciones paleoambientales, realizaron estudios territoriales de algunos conjuntos megalíticos, llegando a considerar cada tumba como un hito delimitador del espacio vital de las distintas sociedades constructoras. Muchos trabajos posteriores siguen esta línea y al desconocerse, como hemos dicho, los hábitats megalíticos, el propio monumento se convierte en referencia de su entorno con vistas a evaluar la distribución de recursos en el mismo, para llegar a conclusiones fundamentalmente económicas y sociales (Cara Barrionuevo y Rodríguez López, 1984; Bello Dieguez et alii, 1982 y 1985; De Carlos, 1988).

3.- La propia distribución de las tumbas y su relación con el espacio o relieve. En aquellos casos en que ha sido estudiada, la situación de los dólmenes no parece aleatoria sino que guarda unas determinadas pautas en relación con ciertos recursos o situaciones estratégicas. Así, por ejemplo en la isla de Arran en Escocia o en Rousay (Islas Orcadas) los 18 y 13 monumentos que respectivamente existían en cada isla parecen estar en relación con los únicos terrenos disponibles para una utilización agrícola (Renfrew, 1986, 118) y que todavía en el siglo XIX definían explotaciones agrarias. En Galicia, se afirma que los megalitos se sitúan en zonas de gran visibilidad y en las orlas de relieve más elevado (tierras altas) que rodean a las zonas aptas para el asentamiento humano y para una explotación mixta agro/pastoril (suelos ligeros, cerealeros y fáciles de trabajar) basada en el sistema de rozas (Bello et alii, 1982 y 1985; Criado, 1988 y 1989). Recientemente se han dado otras explicaciones sumamente sugerentes en cuanto a la ubicación de ciertos túmulos y su relación con zonas o áreas de tránsito entre diferentes comarcas gallegas (Vaquero Lastres, 1988; Criado et alii, 1990-91).

Algunas consideraciones similares pueden desprenderse de los trabajos llevados a cabo en la sierra de Aboboreira en Portugal donde resulta interesante observar en el plano de la "serra" (Cruz, 1980) cómo la distribución de las mámoas se dispone a lo largo de la vía de acceso, situándose, a escala más restringida, en superficies aplanadas, en "Chas" o pequeños "outeiros" bien destacados en el paisaje y en zonas aptas para una agricultura de rozas (Jorge, V. 1984). En el País Vasco, varios investigadores observaron cómo los dólmenes se situaban en zonas de gran visibilidad (Mujica y Peñalver, 1987, 14) o a lo largo de vías de comunicación (Vegas Aramburu, 1984, 82). Todas estas apreciaciones podrían hacerse extensivas a las tierras del interior en donde los monumentos según han señalado recientemente Delibes y otros (1992) tienden a situarse en lugares abiertos

y de amplios horizontes, aún cuando no exista uniformidad ubicacional variando ésta en función de cada unidad paisajística; así, en el sector de penillanuras ocupan el “fondo del valle” (Delibes y Santonja, 1986, 136), en la zona central, los bordes de las terrazas fluviales (Delibes et alii, 1987) y en las estribaciones montañosas del sector oriental se reconocerían “auténticos emplazamientos en altura” (Rojo Guerra, 1990; Rojo et alii, 1992, 178).

Al margen de estas constataciones empíricas que por sí sólo hablan de la peculiaridad de la localización de los megalitos en el paisaje, habría que resaltar la importancia que tácitamente nosotros otorgamos a esta relación con el medio físico cuando consideramos zonas apropiadas para su implantación en, por ejemplo, zonas elevadas, de montaña o sus estribaciones frente a zonas llanas, valles o tierras abiertas de amplios horizontes. Aunque estas impresiones puedan ser más o menos ciertas, debemos reconocer, como hemos puesto de manifiesto recientemente (Delibes et alii, 1992) en la Meseta Superior, que la distribución megalítica es bastante general y homogénea aunque a menor escala guarde las pautas que, por zonas, acabamos de referir. Tampoco debemos olvidar que esa misma situación geográfica puede ser reflejo de otros indicadores todavía no suficientemente ponderados como son un miedo ancestral a la muerte, lo que hace alejar las sepulturas de los poblados y situarlas en zonas elevadas y abiertas, organizaciones sociales diferentes en relación con el tamaño, las agrupaciones o el aislamiento de tumbas, e incluso, reflejo de situaciones socioeconómicas diversas en relación con los diferentes aprovechamientos específicos de cada entorno.

MONUMENTOS EN EL PAISAJE

Por encima de todas estas consideraciones permanece el hecho de que el megalito es la primera huella humana visible y perdurable sobre el paisaje. Una huella que se relaciona, en determinadas zonas, con la escasez de espacio disponible a raíz del advenimiento de un sistema productivo basado en la agricultura de colonización (Sherrat, 1990) y la necesidad, por consiguiente, de delimitar o señalar de alguna manera el control de unos recursos escasos. Explicación que, si bien se considera atrayente para determinados focos megalíticos de importancia (Armórica) no parece extensible al resto de áreas de implantación del fenómeno, al no darse esa circunstancia de colonización. En su lugar la explicación se centra en el surgimiento de otro modelo agrícola denominado de “**Tala y quema**” que llevaría consigo un hábitat en pequeñas comunidades autónomas dispersas en pequeñas aldeas. Este modelo parece corroborarse en Galicia no sólo por la propia distribución de las tumbas, sino también por la presencia en los diagramas polínicos de especies sintrópicas (Bello et alii, 1982) que acompañan a los cultivos

(ruderales) o a desforestaciones mediante incendios(Asphodelus).

En cualquiera de los casos expuestos, el megalito se convertiría en un elemento señero que de alguna manera presidiría un territorio de explotación. De este hecho se deduce la importancia tanto de la **distribución general** de los megalitos en el paisaje como de la **ubicación del propio emplazamiento** en relación con el entorno inmediato.

En la Lora Burgalesa la distribución de monumentos a nivel general muestra una primera dualidad entre el AISLAMIENTO que se observa en casi todas las tumbas, frente a unas recientemente descubiertas AGRUPACIONES o concentraciones de túmulos (una de ellas excavada) que podrían definir una auténtica necrópolis en el sentido que se toma en Vaquero Lastres (1989) "*zona de enteramientos, terreno de muerte definido por la abundancia y concreción de túmulos, dejando al margen la posible relación entre ellos tanto a nivel temporal como cultural*".

La mayor parte de los monumentos excavados, y de los conocidos, aparecen AISLADOS en el espacio a una elevada altitud media sobre el nivel del mar, siempre por encima de los 900 m. ocupando diversas posiciones en relación con el entorno paisajístico. En unos casos se sitúan en zonas elevadas (mesetas, lenguas de páramo), culminaciones de suelos esqueléticos y pedregosos de escasa vegetación que si bien en tiempos pasados fueron cultivadas de forma ocasional, en la actualidad son auténticos eriales dedicados a lo sumo para el pasto de una cabaña vacuna no muy prolija.

Hay otra serie de tumbas localizadas en zonas deprimidas, valles secos y hondonadas a mayor altura absoluta (entre 1000 y 1100 metros), de suelos más ricos y profundos que en la actualidad son las únicas zonas cultivadas de los páramos de La Lora.

Todos estos monumentos se encuentran alejados unos de otros considerables distancias que, siempre superan los 3 km. en línea recta (exceptuando dos casos a 800 metros), existiendo entre casi todos ellos, especialmente entre los más próximos, accidentes orográficos relevantes (valles con desniveles de hasta 200 metros) que dan una cierta entidad o independencia geográfica a los espacios que dominan (Fig. 1). Curiosamente nunca se halló un dolmen en estos estrechos y profundos valles ni en las laderas de los mismos.

No son frecuentes, por contra, las NECROPOLIS MEGALITICAS, entendiéndose por tales la agrupación de tumbas o túmulos, en opinión de Mohen (1982) separadas entre sí distancias que no sobrepasen apenas los 100 metros. Con tales características se ha excavado únicamente una agrupación de cuatro tumbas en el paraje conocido como Fuentepecina. Se trata orográficamente de una superficie más bien llana a más de 1000 metros sobre el nivel del mar, delimitada al norte por alturas superiores y al sur por el valle de las Hazas, que la separan del Monte

de Masa, densa masa forestal de considerable riqueza cinegética. Es un lugar, por tanto, relativamente deprimido, sin apenas vegetación y de suelos que evolucionan de espesos arcillosos en las vertientes de las elevaciones septentrionales a calcáreos raquíuticos en el llano; cultivados los primeros y abandonados a la colonización de especies autóctonas los segundos.

Esta misma situación orográfica podría servir, con ligeras modificaciones, evidentemente, para describir la localización de algunos otros conjuntos de túmulos, aún sin excavar, pero que pudieran formar igualmente necrópolis megalíticas o tumulares paramegalíticas. Se trata de los conjuntos registrados en Huidobro, en el Paramillo entre Tubilla y Sedano, e incluso en el mismo Monte de Masa (Fig. 1).

LOS MONUMENTOS EN SU ENTORNO INMEDIATO

A escala más reducida, la elección de un EMPLAZAMIENTO que reuniese determinadas condiciones orográficas tendría su incidencia desde un punto de vista práctico a la hora de construir la tumba y simbólico por cuanto presiden, generalmente, un espacio más o menos amplio.

Así, la elección del asentamiento concreto de la tumba solía recaer sobre pequeños afloramientos del sustrato calcáreo que facilitaban un ahorro de energía y tiempo empleado en la construcción, a la vez que hacían destacar el monumento sobre el terreno circundante y potenciaban, por tanto, el valor simbólico del mismo.

En estrecha relación con ésto se encuentra, además, el impacto visual que producen los túmulos y la referencia pasiva de visibilidad que ostentan. En este sentido volvemos a encontrar una dualidad de situaciones en La Lora: la especial ubicación de algunos monumentos en mesetas elevadas (San Quirce, Arnillas), geográficamente abiertas o en lenguas de páramos delimitadas por estrechos valles encajados (La Mina) les otorgan amplísimos campos de visibilidad tanto desde el monumento como hacia el monumento, aunque los sectores deprimidos próximos (valles) se sustraigan a su campo visual. Teóricamente, todos los dólmenes con estas características de ubicación serían visibles entre ellos.

En otros casos -aquellos dólmenes ubicados en zonas deprimidas- disponen igualmente de un importante campo visual, indudablemente más restringido que en los casos anteriores, pero sin embargo, orientados hacia esas depresiones en las que se ubican, ocupadas por terrenos de cultivo. De todas formas gozan siempre de una situación topográfica privilegiada; por parafrasear a nuestros colegas gallegos, probablemente se situarían para "*ser vistos desde aquellos lugares donde debían verse*" (Criado et alii, 1986, 144). Desde ellos no resulta visible ningún otro monumento de la Lora.

Aunque haya también claras diferencias de tamaño entre monumentos -los mayores sobrepasan los 30 metros de diámetro por 2 de alto y los menores 12 por 1 metro-, esa peculiar situación sobre elevaciones naturales hace que mantengan un idéntico valor simbólico de referencia.

En los casos en que nos enfrentamos con agrupaciones de tumbas o necrópolis, parece ser que la visibilidad se considera a otra escala diferente. En Fuentepecina, dos tumbas -I y IV- ocupan un promontorio natural de la paramera que les destaca ligeramente sobre el entorno aunque no en demasía. Los otros dos túmulos -II y III- se reparten por la superficie más o menos llana de la altimeseta que ocupan. Aunque más adelante nos detendremos en ello, no parece haber una jerarquía en las tumbas ni a nivel de situación geográfica ni de monumentalidad. En el caso de la necrópolis de Huidobro las observaciones deben ser, por el momento, prudentes pero parece darse una cierta ordenación de un túmulo señero, de mayor tamaño en el centro y cuatro más en su derredor de dimensiones claramente más modestas. En este caso, el campo visual se dirige hacia una amplia zona baja. El hecho de que en las proximidades de esta necrópolis se encuentren otros monumentos tumulares como el Paso de la Loba (Rojo Guerra, 1990), o claros monumentos megalíticos (La Cista, El Moreco) nos induce a pensar, bien es cierto que en un intento de explicación simplista, en una gradación cronológica de las tumbas ya que tendrían un espacio vital común, idea que se contradice con la hipótesis inicial de que cada tumba refleja el dominio territorial de un espacio dado. En cualquier caso, sólo futuras investigaciones y la excavación de esta necrópolis podría poner luz sobre esta cuestión.

Otra forma de integrar o relacionar el monumento con el espacio es el **propio túmulo** que frecuentemente es un recurso para destacar sobre el entorno sin eliminar, en casos, funciones meramente constructivas. En efecto, frente a otras regiones o zonas megalíticas en las que los túmulos tienen exclusivamente un carácter simbólico (recuerdense los inmensos túmulos carnacenses de más de 100 metros de largo por 10 de alto que recubren pequeñas construcciones megalíticas) en La Lora el túmulo guarda una manifiesta armonía con el tamaño de la estructura propiamente megalítica. Desde esta óptica sería lógico pensar, máxime cuando su estructura interna encierra elementos de refuerzo tales como anillos peristálticos intratumulares, coraza externa...etc, que los túmulos detentasen sólo esa función constructiva. Sin embargo, en todos los casos el propio túmulo cubría con creces la cota cimera de los ortostatos más elevados, con lo que trascendería ya esa mera función arquitectónica detentando de forma evidente un carácter también simbólico.

En otras zonas como Portugal y Galicia el propio túmulo se reviste de estructuras no funcionales que le dan vistosidad tales como corazas revestidas con bloques de cuarzo blanco muy visible en el horizonte, anillos en la culminación

de bloques de gran tamaño con la misma finalidad... (Cruz, 1992; Cleto y Faro, 1988; Jorge, 1980; Criado y Fábregas, 1989). En La Lora no conocemos nada similar, quizás justificable en parte por la inexistencia de materia prima adecuada (recordar que es un medio geológico exclusivamente calizo), sin embargo, todos los túmulos sin excepción aparecen recubiertos por una coraza de lajas calizas más o menos planas para las que siempre hemos supuesto una función constructiva en relación con preservar al monumento de la erosión eólica o pluvial. Es probable que, aún cuando en la actualidad toda la superficie tumular se encuentre colonizada por especies vegetales (herbáceas, brezos, aulagas, gayuba), en origen la coraza calcárea debía ser visible tal como ocurre en reconstrucciones de túmulos efectuados en Bretaña o Irlanda. En estas circunstancias, la superficie caliza en contacto directo con el aire y el sol adquiere una coloración blanca intensa y brillante que la haría destacar y ser vista desde distancias considerables.

Por último, es probable que la función principal del túmulo fuera la constructiva a juzgar por su estructura interna. Dos modelos se han documentado que podríamos verlos repetidos en casi todas las zonas o áreas megalíticas que consideremos. Así, unos están formados por un auténtico "*cairn*" de piedras agrupadas de forma más o menos ordenada en torno a la estructura funeraria principal. Dicha ordenación viene exclusivamente del tangible intento de colocar en la base del túmulo y en el sector más próximo a los ortostatos camerales las piedras de mayor tamaño. Otro modelo consiste en disponer en torno a la cámara y corredor varios anillos estructurales de distinta composición. El primero, pericameral, siempre de piedras de gran tamaño que retienen los empujes centrífugos de los ortostatos, el segundo, de arcilla compactada que da la sensación de servir como regularizador de todo el conjunto y de acrecentador del tamaño del monumento. Sobre éste se dispone una coraza cortical calcárea de piedras intencionadamente planas e imbricadas de tal manera que dificultan la erosión eólica y pluvial a la vez que da homogeneidad a todo el conjunto y serviría, como dijimos, de elemento señero del mismo.

Estos modelos constructivos no son exclusivos de monumentos pequeños o grandes, o de sistemas topográficos concretos. Si en relación con la situación topográfica o el tamaño de monumentos hemos definido una dualidad constante: aislamiento/agrupación, visibilidad amplia/restringida, en cuanto al sistema constructivo no podemos decir lo mismo ya que los modelos descritos se dan indistintamente en túmulos grandes, pequeños, de visibilidad amplia o restringida.

CONTINENTE Y CONTENIDO; ESTRUCTURAS PROPIAMENTE MEGALÍTICAS Y AJUAR

La estructura propiamente megalítica, es decir, el recinto funerario aparece

siempre enmascarado por la masa tumular de tal forma que ninguno de sus elementos habría sido visible en origen desde el exterior. Por otra parte, aunque ya lo hemos mencionado, debemos insistir en la estricta proporcionalidad entre el tamaño de la estructura megalítica y el de la masa tumular tanto en altura como en diámetro. Digno de señalar también sería el hecho de que todos menos uno de los sepulcros que aparecen aislados en el espacio corresponden a modelos arquitectónicos con estructuras de acceso, ésto es, pasillo (sepulcros de corredor), mientras que las agrupaciones o necrópolis, en un caso conocida por haber sido excavada y en otros por su apariencia externa, corresponden bien a modelos simples o incluso a túmulos pétreos sin estructura colosal. En cualquier caso, el túmulo cubre siempre la estructura propiamente megalítica, haciendo de la tumba lo que pudiéramos considerar como un volumen cerrado.

De esta forma, la relación entre el monumento y el entorno se establece únicamente en función de la **aparición externa** del conjunto y no de su estructura interna ya que no es visible ni tan siquiera parte de la cubierta. En efecto, de todos los monumentos excavados en ningún caso hemos hallado estructura de cubrición alguna mediante un gran dintel monolítico o por falsa cúpula con aproximación de hiladas. En algún caso (Fuentepicina II) el hecho de hallar una cierta cantidad de restos carbonizados en el interior de la cámara pudiera ser indicio de una posible cubierta a base de materiales perecederos (ramaje y barro).

De todas formas, resulta sorprendente esta ausencia de toda evidencia de cubrición, lo que nos hace considerar, a modo de curiosidad, las observaciones realizadas por Joussaume (1990, 67) para dólmenes provenzales en los que se habla de una ausencia sistemática de cubierta de forma intencionada, de tal forma que el sepulcro sería una especie de “fosa en relieve” donde los muertos se inhumarían en sentido estricto (depósito del cadáver recubierto por tierra) y no un mero depósito de huesos. En este caso lo difícil resultaría explicar la existencia en muchos casos del corredor, auténtico pasillo de acceso al recinto funerario principal, aunque ello ratificaría a su vez, el hecho de que algunos estuviesen sellados e inutilizados desde, posiblemente, el momento mismo de su construcción a juzgar por la falta de hallazgos y el sistemático relleno de piedras, al margen de la ausencia, también sistemática, de otras estructuras de acceso como atrios, umbrales, puertas, pavimentos...

Esta observación de que el túmulo y el recinto propiamente funerario forman un todo (espacio cerrado), se hace más patente en los monumentos de menor tamaño en los que las estructuras de acceso (pasillos) están menos desarrolladas, formando monumentos megalíticos simples e incluso, sustrayéndose a esta característica de megalítico para disponer de un espacio central, insuficientemente (mal) definido, en el que se depositan los difuntos acompañados de un ajuar que nos obliga a considerar su simultaneidad con el resto de las construcciones monu-

mentales (Rebolledo y Pecina IV).

Es en este aspecto, en el del ajuar depositado en los enterramientos, en el que encontramos más dificultades a la hora de valorar las comparaciones entre distintos monumentos o de acceder con ciertas garantías a la comprensión integral de la "monumentalidad interior". Ello en función, sobre todo, del hecho constatado de que los dólmenes más espectaculares han sido objeto de saqueos y violaciones desde épocas remotas (en muchos casos se constatan elementos romanos y de épocas protohistóricas) con lo que se ha destruido no sólo gran parte de su arquitectura, sino sobre todo de su ajuar. Lo que ha llegado hasta nosotros es una parte indeterminada y desconocida de lo que en origen debió constituir el depósito primitivo. Por ello so sabemos muy bien qué valor puede tener el hecho de que los monumentos más pequeños, menos espectaculares (sustraidos a la destrucción antrópica) cuenten con un ajuar muy superior en cantidad a los grandes sepulcros de corredor. Por dejar constancia de esta desproporción quizás sea significativo reflejar que en un pequeño túmulo como es Pecina IV se recogieron más de setenta microlitos, un número similar de láminas, varios millares de cuentas de collar y casi una docena de hachas pulimentadas. Frente a este abundante ajuar, el espectacular sepulcro de corredor de Las Arnillas sólo deparó media docena de microlitos, algunas cuentas de collar, un par de hachas pulimentadas y algunos objetos más.

Este ajuar es, por otra parte, monótono y bastante uniforme a base de unos elementos tipo que se repiten sin demasiada variación: láminas de sílex, frecuentemente sin retocar, microlitos geométricos (trapecios, triángulos y segmentos), puntas de flecha, hachas pulimentadas y elementos de adorno en distintos materiales (pizarra, variscita, lignito, calcita...) junto a ciertos objetos más raros como algunas espátulas de hueso, punzones o conchas marinas llegadas probablemente desde el Atlántico.

A diferencia de las zonas del oeste peninsular (Galicia, Portugal, Salamanca, Extremadura), en los megalitos de La Lora Burgalesa y gracias al predominio del componente básico en los suelos, tenemos evidencia directa de sus constructores, ésto es, sus restos oseos. En contrapartida a este hecho claramente positivo nos encontramos, al igual que ocurría al valorar los ajuares, ante unas violaciones casi sistemáticas de la mayoría de los megalitos, lo que tergiversa cualquier intento de estudio global y completo de las tumbas. A pesar de ello, somos conscientes de la importancia que su detallado análisis puede tener para el conocimiento de estas gentes desde distintos puntos de vista (social, poblacional, alimenticio, paleopatológico) por lo que se está realizando en nuestro Departamento una Tesis Doctoral específica sobre estos restos oseos. A la espera de sus resultados, sólomente podemos adelantar algunos datos que nos han sido facilitados de un mero recuento y clasificación de huesos por parte de los doctores Echevarria y

García Ruíz.

Por lo general los osarios se presentan como un amontonamiento de huesos sin ningún orden aparente, ocupando toda la superficie de la cámara y, en ocasiones, prolongándose también a lo largo del corredor. Las conexiones anatómicas son raras y esporádicas, y atañen, por lo general, a las articulaciones fuertes (coxo-femoral, fémur-tibia...). Se dan, en algunos casos, agrupamientos de ciertos huesos (p.e. fémures en San Quirce) o partes del cuerpo (cráneos en Las Arnillas) que es fácil pensar se realizaran tras la desaparición del tejido blando, lo que nos indicaría actuaciones y recolocaciones de huesos después de su primera deposición y también, que ésta debió de producirse sin otro tipo de tratamiento como pudiera ser el recubrimiento con tierra de los restos, ya que hubiese impedido posteriores actuaciones sobre los mismos. El hecho de que aparezcan por lo general todas las partes del cuerpo más o menos representadas, nos habla, en principio, de unos enterramientos primarios que, como hemos dicho, en el transcurrir del tiempo y con vistas a albergar nuevas deposiciones pudieron verse manipulados de alguna forma. En cualquier caso, resulta difícil discernir y precisar las distintas técnicas de tratamiento de los cadáveres y, consecuentemente, los ritos desarrollados a tal efecto. Lo que constatamos es el resultado de esos ritos e incluso, estos resultados son tergiversados por un deficiente tratamiento de los restos oseos en el proceso de excavación. En efecto, la mayoría de las tumbas se excavaron hace años cuando, justo es reconocerlo ahora, las técnicas de tratamiento de los datos y la consideración de los huesos como material arqueológico de primera mano no era el adecuado.

Es evidente que el ritual generalizado, y hasta hace poco casi único empleado en esta época era el de la inhumación -recientemente se ha excavado un túmulo de esta época en el que el fuego debió jugar un papel importante a juzgar por las cremaciones detectadas (todavía en estudio) y que se suma a la serie de tumbas de características similares que están apareciendo en el centro de la cuenca del Duero (Delibes et alii, 1985), e incluso en Portugal como puedan ser los excavados por A. Palomino en Barbadillo del Mercado o M. J. Sanches en Pena Mosqueira (1987). Se utiliza el término de inhumación en oposición a incineración, pero si queremos trascender el significado de las evidencias materiales deberíamos precisar el significado de inhumación con otra serie de complementos como puedan ser las nociones de depósitos de cadáveres o de huesos en un espacio cerrado frente al de inhumación en sentido estricto, es decir, con un recubrimiento de tierra sobre el cadáver, y ello tendría importancia con vistas a poder plantearse cuestiones de enterramientos primarios o secundarios (cuyo umbral muchas veces es tan sutil que apenas puede diferenciarse) e incluso fórmulas mixtas (primarios y secundarios), o de posibles actuaciones sobre los muertos una vez depositados en la tumba (agrupamientos de huesos, alineamientos...). En definitiva, en aras a

tener una visión más completa de todo el ritual desarrollado en torno al megalitismo.

En cuanto a la composición de la población los datos que revelan los osarios nos hablan de un posible tratamiento sepulcral diferente o una especialización de las sepulturas colectivas por cuanto el número de población infantil representada (en ningún caso llega al 10%) es anormalmente bajo para una sociedad arcáica o ágrafa como denominaría Lévi-Strauss (1964) que tradicionalmente refleja un alto índice de mortalidad infantil. Pensamos que este hecho, ampliamente constatado también en otras zonas (Verron, 1977) no puede deberse a una mayor fragilidad de los restos infantiles, antes bien habría que pensar en una consideración especial en este tipo de sociedades hacia la infancia como elemento más ajeno al grupo social.

Por otra parte, la esperanza de vida parece cifrarse en torno a los 40 años, siendo el segmento de edad más representado el de adultos entre 25 y 40 años. Por sexos, no parece que haya una especial consideración en cada tumba ya que ambos se hallan representados en todas, si bien es cierto que el de hombres en una proporción superior.

CONCLUSIONES

En las páginas que anteceden se ha pretendido describir todo el elenco de relaciones que de una forma empírica pueden observarse entre la situación y características de los monumentos megalíticos de La Lora y el paisaje en el que se insertan tanto a nivel general como restringido. A partir de aquí y tras una breve recopilación de características trataremos de penetrar en el significado social de éstas en términos de estrategias de ocupación del territorio.

Como característica principal de la ocupación megalítica de La Lora hemos señalado la dualidad existente entre necrópolis, o si se quiere, agrupamiento de cierto número de túmulos en determinadas zonas frente a la dispersión y el aislamiento de la mayoría de las tumbas.

Esta primera diferenciación o pauta en la ocupación del territorio se acompaña de otra serie de características que acentúan más aún esta primera oposición. Así, las necrópolis ocupan normalmente áreas deprimidas, de suelos profundos con amplias superficies aptas para el cultivo. La visibilidad general tanto desde los monumentos como hacia los monumentos no parece tener una especial consideración, si bien, el hecho de situar algunos túmulos sobre promontorios naturales hace pensar en la preocupación por un valor simbólico de referencia.

Son monumentos pequeños que contienen estructuras megalíticas simples e

incluso, en ocasiones éstas están ausentes, reduciéndose la tumba a un "cairn" de piedras que rodea un espacio central donde se depositan los enterramientos. Estos, no muy numerosos, poseen un riquísimo ajuar que contrasta, sin ninguna duda, con el pequeño porte de la tumba. En cuanto al tipo de ajuar de la necrópolis excavada deberíamos introducir aquí alguna observación sobre sus características generales por cuanto que nos permitirán explicar en cierta medida esta dualidad que señalamos. En efecto, la necrópolis de Fuentepecina en su conjunto ha depurado un ajuar homogéneo en el que están representados una serie de útiles sumamente característicos y faltan otros que si aparecen en algunos de los dólmenes restantes y que encierran ciertas connotaciones cronológicas. Por ejemplo, son frecuentes las láminas simples, sin retoques y los microlitos geométricos (trapezios, triángulos y segmentos). En estos últimos parece observarse un mayor índice de alargamiento que en los del resto de monumentos y están representados en buen número los triángulos de dos truncaduras cóncavas y ápice central, "tipo Cocina" que caracterizan una fase del epipaleolítico geométrico mediterráneo (Fortea, 1973). Este hecho, por sí sólo ya nos podría indicar una cierta antigüedad para este conjunto de industria lítica tallada, pero se completa aún más por la ausencia absoluta de puntas de flecha y de cualquier tipo de foliáceo en general que, tradicionalmente (Arnaiz y Esparza, 1985) son considerados como muestra de mayor modernidad. El ajuar se completa con una abundantísima serie de objetos de adorno (cuentas de collar, algunas conchas marinas del tipo dentalium), alguna espátula del tipo más simple -sin apenas decoración-, y una ausencia, también significativa de elementos cerámicos.

Frente a estas necrópolis se disponen una serie de tumbas dispersas por el territorio y aisladas, con unas características bastante diferenciadas. Ocupan bien zonas elevadas de suelos esqueléticos no productivos, bien zonas deprimidas de suelos más ricos pero en el borde de éstos. En ambos casos poseen un control o dominio visual evidente, el primer grupo sobre un vasto territorio, el segundo sobre unas zonas deprimidas que se alinean a lo largo de los valles ciegos en que se ubican. En cualquier caso, el valor simbólico de referencia, aunque a escala territorial sea desigual, permanece por encima de otras consideraciones estratégicas.

Hay gran variedad de tamaño entre los monumentos, desde grandes sepulcros próximos a los 30 metros de diámetro por casi 3 de altura hasta los 12 por 1,5 si bien, en casi todos los casos -excepto en dos- corresponden a sepulcros de corredor. El ajuar es bastante más pobre que en el caso anterior aunque están representados elementos similares a los que habría que sumar los foliáceos (no en todos los casos) y señalar la particularidad de que los geométricos (sobre todo trapezios) son algo más evolucionados.

El significado que, a nuestro juicio tiene esta dualidad de comportamiento

espacial es la constatación de dos modelos de ocupación del territorio o dos tipos de relaciones entre las comunidades megalíticas y el espacio, con ciertas connotaciones cronológicas (Fig.2).

1.- El primer modelo llevaría consigo una ocupación parcial del territorio habitando zonas aisladas entre sí. En origen la tumba correspondería a un grupo de población muy pequeño, no más de veinte individuos posiblemente, que vivirían en las proximidades de aquella de, indudablemente suficientes recursos primarios y en un entorno adecuado para establecer el campamento o el poblado. El aumento de población crearía la necesidad de realizar otras tumbas -ya que la primera, pequeña necesariamente, se haría insuficiente para albergar más deposiciones- en el mismo ámbito territorial, que todavía podría seguir soportando, en cuanto a producción de recursos, ese aumento paulatino de población. Esta situación de relativo bienestar permitiría, frente al escaso porte de la tumba, otorgar más importancia al lugar de los muertos, lo que se concretaría en la potenciación del ajuar.

2.- Un aumento desmesurado de población, probablemente de la mano de cambios climáticos atestiguados en los diagramas polínicos -período más húmedo y cálido en el que parecen construirse los grandes megalitos (Mariscal. sin fecha)- lleva consigo una disgregación de los anteriores grupos y una ocupación más regular del espacio, creándose monumentos más espectaculares que sirven de tumba a una colectividad más grande por más tiempo y, a la vez, son la referencia de disuasión que indica el control de unos recursos en un espacio dado.

La diferencia de tamaño y de complejidad constructiva entre monumentos puede explicarse, no muy fácilmente, bien es cierto, por la distinta importancia y quizás, el tamaño de los distintos grupos responsables de su construcción, o como recientemente se ha defendido (Delibes, 1992; Jorge, 1992) por el surgimiento de linajes con diferente estatus social dentro de las comunidades megalíticas.

BIBLIOGRAFIA

- ARNAIZ ALONSO, M. A. y ESPARZA ARROYO, A. (1985). "Un yacimiento al aire libre del Neolítico Interior. El Altotero de Mondubar de la Emparedada (Burgos)", *BSAA*, VL. pp. 5-45.
- BELLO DIEGUEZ, J. M.; CRIADO BOADO, F.; VAZQUEZ VARELA, J. M. (1982). "Aproximación a un modelo económico-social del megalitismo del noroeste peninsular", *Brigantium*, vol. 3. pp. 33-39.
- (1984). "Medio físico y sociedades megalíticas. Aproximación a los problemas constructivos de los megalitos en el N.W. peninsular", *Gallaecia*, 7/8, pp. 31-59.
- CARA BARRIONUEVO, L.; RODRIGUEZ LOPEZ, J. M. (1984). "Análisis de distribución espacial de las comunidades megalíticas en el valle del río Andarax (Almería)", *Arqueología Espacial*, 3 pp. 53-77.

- CARLOS, J. I. de (1988). "Una aproximación territorial al fenómeno megalítico: la Rioja alavesa y el valle de Cuartango", *Munibe* (II Congreso Mundial Vasco) pp. 113-127.
- CLETO, J.; FARO, S. (1988). "Escavação da mamoa de Igrejinhãs (Marco de Canaveses-Serra de Aboboreira)", *Arqueología*, 17, GEAP, pp. 44-57.
- CRIADO BOADO, F. (1988). "Mamoas y Rozas: panorámica general sobre la distribución de los túmulos megalíticos gallegos", *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, vol. 28, pp.151-171 (1989,a). "Asentamiento megalítico y asentamiento castreño: una propuesta de síntesis", *Gallaecia*, 11, pp. 109-137.
(1989,b). "Megalitos, espacio, pensamiento", *Trabajos de Prehistoria*, 46, pp. 75-98.
- CRIADO BOADO, F.; AIRA RODRIGUEZ, M. J. y DIAZ-FIERROS, F. (1986). *La construcción del paisaje. Megalitismo y ecología en la sierra de Barbanza*. Santiago.
- CRIADO BOADO, F.; FABREGAS VALCARCE, R. (1989). "Aspectos generales del megalitismo galaico", *Arqueología*, 19, GEAP, pp. 48-63.
- CRIADO BOADO, F.; FABREGAS VALCARCE, R.; VAQUERO LASTRES, X. (1990-91). "Concentraciones de túmulos y vías naturales de acceso al interior de Galicia", *Portugalia*, nova serie, vol. XI-XII, pp. 27-38.
- CRUZ, D. J. da (1980). "Contribuição para o levantamento cartográfico do conjunto megalítico da serra da Aboboreira (Concelhos de Amarante e Baião)", *Actas do Seminário de Arqueologia*, Universidad de Coimbra, pags. 168.
- DELIBES DE CASTRO, G.: (1991). "Megalitos, ¿Todavía una civilización de muertos?" *Arquítica*, nº2.
- DELIBES, G.; ALONSO, M.; GALVAN, R.: (1986). "El Miradero: un enterramiento colectivo tardoneolítico de Villanueva de los Caballeros (Valladolid)", *Estudios en homenaje al Dr. Antonio Beltrán*, pp.227-237, Universidad de Zaragoza.
- DELIBES DE CASTRO, G.; ALONSO, M.; ROJO GUERRA, M. A.: (1987). "Los sepulcros colectivos del Duero Medio y Las Loras y su conexión con el foco dolménico riojano". *El megalitismo en la Península Ibérica*, Ministerio de Cultura, pp. 181-197.
- DELIBES, G.; PALOMINO, A. L.; ROJO GUERRA, M. A. y ZAPATERO, P.: (1992). "Estado actual de la investigación sobre el megalitismo en la Submeseta Norte", *Arqueología*, 22, GEAP, pp. 9-20.
- DELIBES, G.; SANTONJA, M.: (1986). *El fenómeno megalítico en la Provincia de Salamanca*, Diputación Provincial, Salamanca.
- FLEMMING, A.: (1973). "Tombs for de living", *MAN*, 7, pp. 177-193.
- FORTEA, J.: (1973). *Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico Mediterráneo Español*, Memorias del Seminario de Prehistoria y Arqueología, nº 4. Salamanca.
- HIGGS, E. S.; VITA-FINZI, C.: (1970). "Prehistoric Economy in the Mount Carmel Area of Palestine: Site Catchment Analysis", *Proceedings of the Prehistoric Society*, XXXVI, pp. 1-37.
- JORGE, S.O.: (1991). "Habitats du Néolithique et du Chalcolithique du Nord du Portugal (IV^e-II^e mill. av. J.C.)", *Revista de História*, vol. XI, Centro de História da Universidade do Porto, pp. 261-268.
- JORGE, V. O.: (1980). "Escavação da mamoa 3 de Outeiro de Ante (Serra da Aboboreira, Baião)" *Actas do Seminário de Arqueologia do Noroeste Peninsular*, I, pp. 41-69.
(1984). "Megalitismo do Norte de Portugal: novos elementos", III seminário de Arqueologia do NW Peninsular, *Rev. Guimarães*, XCIV, pp. 263-289.
(1992). "As mamoaas funerárias do norte de Portugal (do Neolítico à Idade do Bronze Antigo) como elementos indicadores de uma progressiva complexidade social: esboço

- preliminar da questão”, *Revista da Faculdade de Letras*, II série, Vol. IX, Porto, pp. 463-480.
- JOUSSAUME, R.: (1990). *Megalithisme et Société*. Table ronde CNRS des Sables d'Olonne (Vendée). Rennes. La Roche sur Yon.
- LEVI-STRAUSS, CL.: (1964). *El Pensamiento Salvaje*. Fondo de Cultura Económica. Mexico.
- MARISCAL, B.: Sin Fecha.- *Análisis polínicos en dólmenes de Sedano*. Informes mecanografiados.
- MOHEN, J.P.: (1982). “La necropole megalithique”, *Dossiers Histoire et archeologie*, nº 66, pp. 60-64.
- MUJICA, J.A.: PEÑALVER, X.: (1987). “Notes sobre el megalitismo a Euskal Herria”, *Cota Zero*, nº 3, pp. 13-26.
- PEÑA SANTOS, A.: (1984, a), “Sondeo estratigráfico en el yacimiento de A Fontela”, *Pontevedra Arqueológica*, I, pp. 91-96.
- 1984,b.- “Sondeo estratigráfico en el yacimiento de O Regueiriño” *Pontevedra Arqueológica*, I, pp. 85-87.
- RENFREW, C.: (1976). “Megaliths, Territories and Populations”. En S.J. de Laet (ed): *Acculturation and continuity in Atlantic Europe*. Dissertationes Archaeologicae Gandenses XVI, pp. 298-320.
- (1986). *El Alba de la Civilización. La Revolución del radiocarbono y la Europa Prehistórica*. Ediciones Itsmo. Primera edición, Londres, 1973.
- ROJO GUERRA, M. A.: (1990, a). “El túmulo protohistórico del Paso de la Loba”, *Trabajos de Prehistoria*, 46, pp. 99-116.
- (1990,b). “Monumentos megalíticos de la Lora Burgalesa: Exégesis del emplazamiento”, *BSAA*, LVI, pp. 53-63.
- ROJO GUERRA, M. A.; JIMENO MARTINEZ, A.; FERNANDEZ MORENO, J. J.: (1992). “El fenómeno megalítico en la provincia de Soria”, *Actas 2º symposium de Arqueología soriana*, Diputación Provincial, pp. 165-182.
- SANCHES. M.J.: (1987). “A mamoa 3 de Pena Mosqueira, Sanhoane (Mogadouro)”, *Arqueologia*, 15, GEAP, pp. 3-24.
- SHERRAT, A.: (1990). “The Genesis of Megaliths: monumentality, ethnicity and social complexity in Neolithic North-West Europe”, *World Archaeology*, vol, 22, nº 2 pp. 147-167.
- VAQUERO LASTRES, X.: (1988). “¿Dónde diablos se esconden nuestros muertos que no los podemos ver?”, *Gallaecia*, XI, pp. 81-107.
- VEGAS ARAMBURU, J.I.: (1984). “Asentamientos en la Altiplanicie de Encia (Alava)”, *Arqueologia Espacial*, 1, Teruel, pp. 167-187.
- VERRON, G.: (1977). “Un type de monuments funéraires classiques dans le Neolithique de Normandie”. *L'Architecture Megalithique*. Colloque du 150º anniversaire de la Société Polymathique du Morbihan. Chateau Gaillard, pp. 187-219.
- ZAPATERO MAGDALENO, P.: (1991). “Sobre las relaciones entre Neolítico Interior y megalitismo. Notas sobre el túmulo de La Velilla, en Osorno (Palencia)”, *BSAA*, LVII, pp. 53-63.

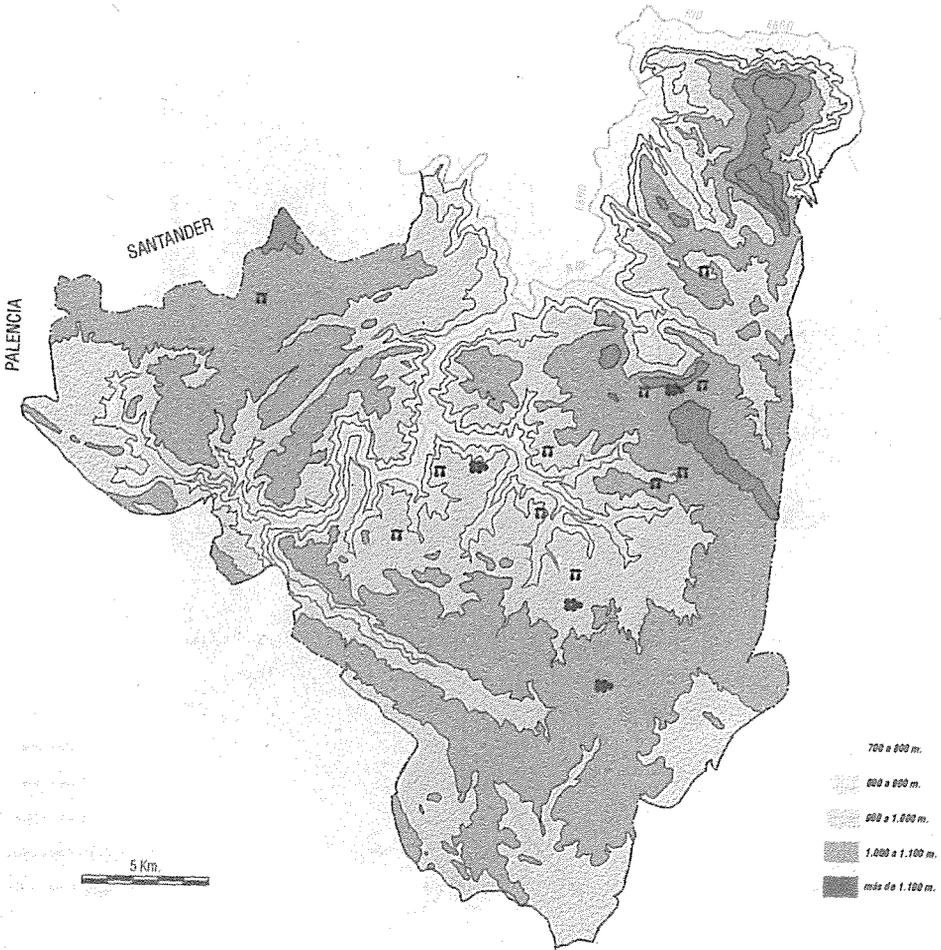


Fig. 1 — Mapa de la Lora con la dispersión de los sepulcros:
▭ dólmenes excavados. * posibles necrópolis.

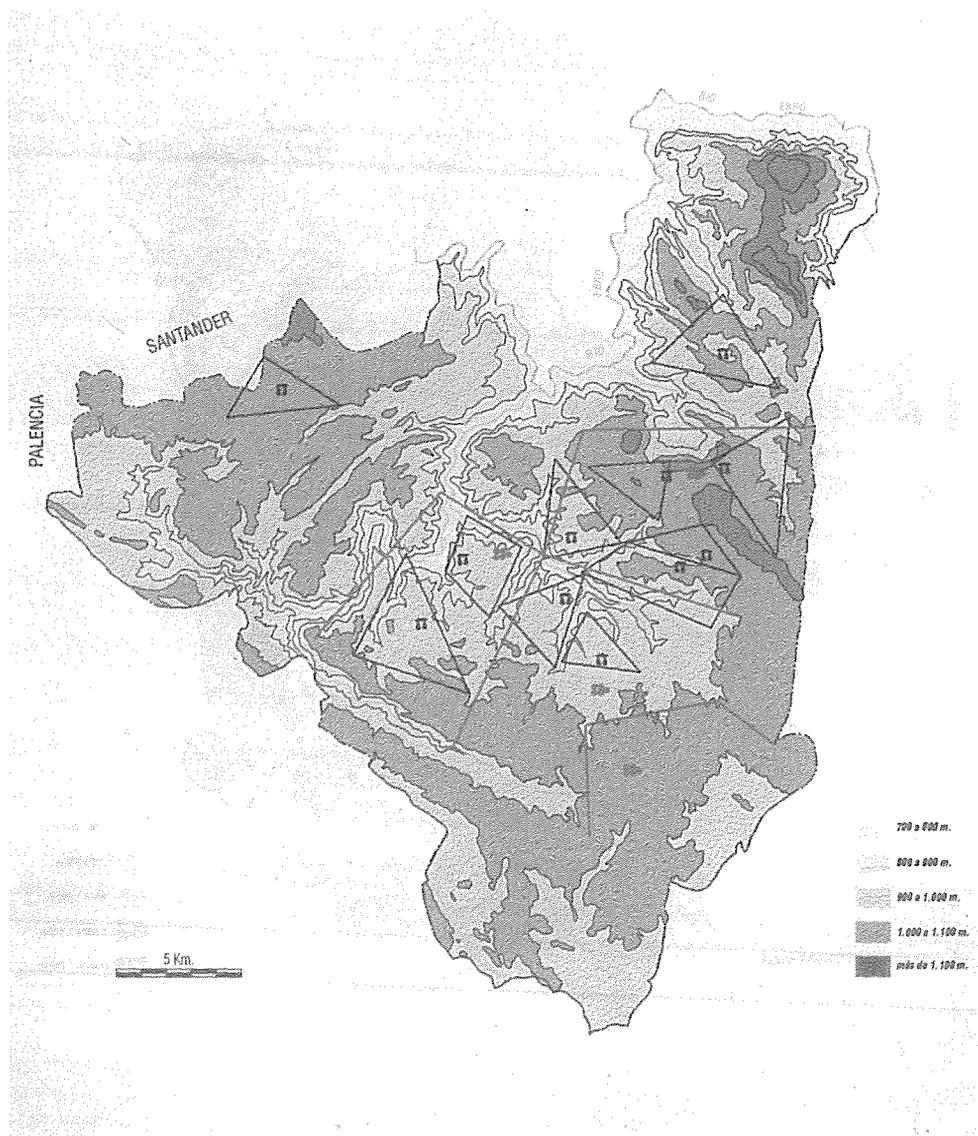


Fig. 2 — Modelos de ocupación del territorio en las comunidades megalíticas de La Lora: — ocupación de grupos aislados. \triangle Ocupación más regular del espacio con dominio territorial sobre superficies delimitadas por importantes accidentes geográficos.